

ce la palabra Iglesia (*ekklesia*) son silenciados, entre ellos Mt 16, 18: «Y Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia». Nunca se citan, ni siquiera se alude a ellos, los textos que hablan del primado de Pedro ni de la potestad de atar y desatar que le fue prometida. A nuestro juicio estos textos tienen bastante que aportar sobre las enseñanzas de Nuestro Señor acerca de la Iglesia. Al ser absolutamente ignorados en todo el libro, se presenta una imagen de la Iglesia que, aunque tenga parte de verdad, es una grave deformación de la Iglesia que Jesús quería. También en otros lugares Lohfink parece recrearse en presentar con lenguaje agresivo los contrastes entre su interpretación personal del Evangelio y la Iglesia actual, tanto en la liturgia (cfr. p. 114), como en el ejercicio de la autoridad dentro de la Iglesia (cfr. pp. 128 y 132).

En resumen, consideramos que aunque este libro apunta algunas ideas valiosas para el teólogo, éstas quedan diluidas con frecuencia en un conjunto muy discutible.

Francisco VARO

**Manlio SIMONETTI**, *La produzione letteraria latina fra Romani e Barbari (sec. V-VIII)*, Istituto Patristico Augustinianum («Sussidi patristici», 3), Roma 1986, 246 pp., 16 x 22,5.

El libro que recensamos está pensado como un manual para los estudiantes de Patrología. Se trata, además, de un manual todavía en elaboración, un subsidio académico que necesita todavía los toques finales. Sin embargo, hay que decir que se trata de un libro sumamente interesante, de rigor científico considerable y realmente bien hecho. Como anuncia el título, Simonetti quiere ofrecer una visión de conjunto de la literatura latina cristiana entre el siglo V y el siglo VIII, más exactamente a partir de mediados del s. V (aproximadamente desde el pontificado de San León Magno), hasta un momento imprecisado que podríamos situar después de la muerte de San Beda. Por exigencias de concisión y de claridad, el Autor se ha limitado a los autores claramente latinos y ha excluido algunas regiones geográficas. El estudio se ciñe a cinco áreas del Imperio Romano: Africa, Italia, Galia, España (península) e Islas Británicas. Se podría pensar que, de este modo, se renuncia a la exhaustividad, ya que no se considera ni la literatura bizantina ni a los autores de otras áreas (p. ej. de Dalmacia o de Iliria). Entendemos que no es así, porque, aunque el libro se limita sólo a las regiones indicadas y, por cada región, a relativamente pocos autores, los apartados

iniciales de cada capítulo logran proporcionar una buena visión de conjunto. Simonetti, como es evidente, no pretendía agotar el tema de la literatura cristiana alto-medieval, sino desbrozar el terreno, abrir unas pistas, estudiar las figuras más representativas de cada país y perfilar las líneas de desarrollo cultural y literario del cristianismo occidental. No pretendía escribir un «tratado» sobre los autores cristianos (como los manuales de Quasten y de Altaner), sino una «historia de la cultura» o más exactamente del pensamiento literario cristiano. En este sentido, el libro nos parece perfectamente conseguido, siendo los apartados generales de cada capítulo, como se ha dicho, lo más valioso de la obra. Contribuye a realzar el valor del libro el hecho de que Simonetti haga obra de pionero. Muy pocos estudios teníamos hasta ahora de la literatura cristiana relativa a los siglos entre la caída del Imperio de Occidente y el renacimiento carolingio, que estudiaran el tema *in toto*. Es obvio decir que ya existían estudios —algunos sin duda de gran valor— sobre figuras o períodos concretos: San León Magno, San Gregorio I, San Isidoro, San Beda, etc. Faltaba, sin embargo, una visión de conjunto. Simonetti nos ofrece un esbozo de ella con una erudición de primera mano, siempre apoyada en los textos, enriquecida por una gran sensibilidad literaria, con comentarios oportunos, profundos y sugerentes.

Los límites de la obra de Simonetti eran previsibles. Al Autor no le falta sensibilidad para tratar los problemas desde el punto de vista teológico, pero su enfoque es prevalente y deliberadamente literario: le preocupa la forma y el modo de decir más que el contenido y el pensamiento. Decimos esto porque nos parece que, cuando se valoran autores cristianos, no se puede prescindir del contenido. Es el problema fundamental de cualquier estudio de Patrología. Se podría formular de la manera siguiente: ¿hasta qué punto una historia de la Literatura cristiana es un simple historia de la Literatura? Hay, por ejemplo, autores que son poco significativos desde el punto de vista literario —al límite pueden ser unos simples repetidores—, pero que pueden ser muy importantes desde el punto de vista del desarrollo del pensamiento cristiano. Simonetti, como todo crítico literario, gusta de encontrar la *nouitas*, el buen estilo, la imagen poética, la exposición brillante, en los autores que estudia. Por suerte, en muchos casos, la profundidad y la riqueza de la especulación van asociadas a la novedad e ingeniosidad. De todas formas no siempre es así. De aquí que resulten privilegiados los autores más brillantes, aunque vacíos, sobre los autores más clásicos o socorridos, aunque profundos.

Otro límite, menos destacado, de la exposición de Simonetti es que, a veces, manifiesta cierta simpatía por los que podríamos llamar «los perdedores» en la historia doctrinal del cristianismo. Nos referimos, en concreto,

a los origenistas. Aclaremos bien. Simonetti no defiende la heterodoxia, ni pertenece al grupo de los que consideran que en el cristianismo antiguo el pluralismo doctrinal era muy amplio. Entendemos que Simonetti, en este sentido, tiene claro el punto de referencia doctrinal. Hay, en este sentido y en nuestra opinión, una evidente mejora en relación con su conocida obra *La crisi ariana nel IV secolo*. El Autor se ha familiarizado con el método y principios del estudio teológico, sin detrimento de la profundidad y precisión histórica. Su labor ha sido relativamente más fácil porque los ss. V al VIII en Occidente apenas ofrecen alguna controversia importante, si se exceptúa tal vez el semipelagianismo. Pero las ponderadas expresiones con que Simonetti expone las repercusiones de la controversia de los *Tres Capítulos*, a raíz del II Concilio de Constantinopla y la obra de Facundo (pp. 56 y 58) son modélicas. Lo mismo se puede decir de las referencias a la lucha de los católicos contra el arrianismo de vándalos y visigodos. Algunas reservas formulamos, en cambio, sobre la descripción un tanto negra del agustinismo de Fulgencio de Ruspe, aunque, por otro lado, la presentación de San Cesáreo de Arlés sea ecuánime.

Un pequeño punto en el cual cabría matizar las opiniones que el Autor expresa es el relativo a los juicios sobre las obras hagiográficas. Simonetti suele rechazar como legendarias aquellas biografías de santos que prestan una atención exagerada a los fenómenos extraordinarios y milagrosos. Su criterio puede ser compartido en muchos casos, ya que se trata de *clichés* literarios evidentes. Pero habría que precisar que la narración de milagros no puede ser negada sólo por el hecho de ser milagros. Cuando es necesario, su falsedad deberá ser probada caso por caso, y se negará su historicidad o por tratarse de un simple estereotipo literario o por contener anacronismos o por razones históricas externas. Un buen historiador tiene derecho a no ser crédulo, pero no por ello debe mostrarse escéptico *a priori*. Nosotros entendemos que en la literatura hagiográfica, aunque existe una clara tendencia a la exageración y a la repetición de modelos, se encierra un núcleo de verdad que es interesante precisar. Aún más: el surgir de un modelo literario —la imitación de la vida de un Santo muy conocido— tiene un interés teológico que no se puede olvidar. De lo que se trata es de reconstruir la verdad histórica: ni más ni menos.

En conjunto, de todos modos, la obra de Simonetti se puede considerar muy valiosa, erudita, competente y útil. Pensamos que es un punto de partida muy prometedor que anuncia un libro más ambicioso. La señalamos con gusto a los estudiosos de Patrología y de la historia de la Iglesia en la época tardo-antigua y alto-medieval.

Claudio BASEVI